

Reencontrarse en París con Jean Cocteau

Vicente Guarner

Apasionado por las contradicciones que nos ofrece la vida y, sobre todo, por aquellas interrogantes que, al menos en apariencia, no tienen solución, Jean Cocteau era, en un tiempo, elegante y cursi; surrealista y objetivo; moderno y neoclásico.

El 11 de octubre de este 2007 se cumplirán cuarenta y cuatro años de la desaparición de Jean Cocteau. Nació el 5 de julio de 1889 en un pequeño pueblo cerca de París. De familia acomodada, a Jean Maurice le heriría para siempre que su padre hubiera cometido suicidio cuando él contaba con tan sólo diez años de edad. Fue puesto bajo la custodia de un tío e internado en un colegio privado de donde al poco tiempo se escaparía y, por propia iniciativa, fue a dar nada menos que a Marsella, donde lo rescató la policía y lo puso de nuevo bajo la patria tutelar de su tío. Quizá todo ello le hizo escribir años más tarde: *Je voudrais que l'intelligence fût reprise au démon et rendue à Dieu*. (Yo desearía que la inteligencia le fuese arrancada al demonio y devuelta a Dios).

Lo que muy a propósito podríamos titular: las múltiples vidas del artista, se mostró, en el 2003 —cuarenta aniversario de su desaparición—, en el Centro George Pompidou, en una soberbia exposición que fue un recreo para la vista y el espíritu.

Además del interés que sigue despertando el personaje, la exposición constituyó, a mi juicio, un paradigma de cómo debe llevarse a efecto la semblanza visual de una persona, para transmitirla a todos los visitantes, hasta sus últimos detalles: pequeños dibujos; la estrofa de un poema; un par de palabras escritas en un pedazo de papel; un pequeño diseño de orfebrería; en fin, un universo para hacernos recordar su pensamiento: *Trouvez d'abord et cherchez*

après (Encontrar primero, buscar después) o como decía Picasso: “Yo no busco, encuentro”. Todo ello ocupaba un lugar en amplios espacios, abiertos a profundas perspectivas, donde se presentaba un material interminable; bien que cuidadosamente ordenado; más que en salas, dispuesto en áreas ocupadas por una continua, casi interminable, vitrina horizontal de vidrios de gran calidad que permitían, mediante una leve inclinación del visitante, la lectura de su extenso epistolario y, al mismo tiempo, una clara visión de sus pequeños apuntes a lápiz. Aparte se leían, esparcidos por las paredes, algunos de sus pensamientos: *Mon sang est devenu de l'encre. Je suis empoisonné jusqu'à les os*. (Mi sangre se ha vuelto tinta. Estoy envenenado hasta los huesos).

Sus retratos a lápiz, en especial de aquellos grandes personajes que fueran sus amigos, Diaghilev, Milhaud, Colette, resultan aún hoy un deleite. Un ojo o la nariz de Stravinsky o una cara sin rostro bastaban para trazar los rasgos esenciales de la fisonomía del pintor Pablo Picasso o del músico Francis Poulenc. Cocteau dice en cierto momento: “No me gustaría ser sorprendido en el trance de escribir. Para mí escribir es dibujar”. Y es que no debe haber algo más maravilloso que escribir como si uno dibujase y dibujar como el que escribe acerca de algo.

Cada día la exposición proyectaba una de sus películas: *Les enfants terribles*, *Ofelia*, *La bella y la bestia*. Sin olvidar —ya no en la pantalla sino en ciertas paredes— documentales como el de su ingreso a la Academia Francesa o su presencia en alguna conferencia o en la *brasserie* Le Boeuf sur le Toit.

Sólo por ver esta retrospectiva, como relataba haberlo hecho Fernando Savater,

valía la pena un viaje de unos días a París.

Poeta, crítico, escritor, dibujante, caricaturista, pintor, cineasta y protagonista del escenario musical francés, desde los primeros diez años del siglo XX hasta los sesenta y tres en que muere en su castillo cerca de París, en Milly-la Forêt, Jean Cocteau, con una personalidad artística extremadamente compleja, desplegó una actividad diversa y profunda. Hace honor a sus pensamientos: *Le plus grand chef-d'oeuvre de la nature n'est plus qu'un dictionnaire en désordre*. (La mayor obra de arte de la naturaleza no es más que un diccionario en desorden). Su línea no es recta: en ello reside su secreto, bien que si fluida y tensa a la vez, pues guarda como obsesión la juventud, en permanente melancolía, dentro de un ansia infinita por vivir. Quién, sino él, hubiese podido escribir pensamientos tan bellos y poéticos: *La poésie est une religion sans espoir. La poésie se souvient de l'avenir*. (La poesía es una religión sin esperanza. La poesía recuerda el porvenir). ■

A Vicente Quirarte,
gran amigo, gran poeta y conocedor de Jean Cocteau



Jean Cocteau, manuscrito autógrafa, ca. 1930